

LA VÍA ORIENTAL EN LA ENCRUCIJADA SEVILLANA DE LA ÉPOCA DE CARLOS V

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA
Universidad Complutense de Madrid

El tema general del Simposio manifiesta claramente la intención de subrayar el sentido de encrucijada que se testimonia en una visión histórica de la Sevilla de Carlos V. Entiendo que *encrucijada* significa encuentro de caminos situados en una realidad geográfica, y también de períodos culturales, situados en el curso del tiempo histórico. Las vías que se cruzan son varias; en primer lugar, la novedad de la navegación a América, cuyo punto de partida se establece y fija en Sevilla. Después, la vía de siempre que viene por los reinos españoles por tierra, por la que llegan las noticias y los efectos de la nueva política del Emperador; y, por fin, la vía, ya asegurada desde siglos, que a través del Guadalquivir se bifurca en tres sentidos: hacia la Europa del Norte, hacia las Islas Canarias y África, y la viejísima que corre por el Mediterráneo. Los períodos culturales son creaciones nuestras: la Edad Media y el Renacimiento tienen su frontera en esta época en que se imbrican el fin del período medieval con el período renacentista, en crecimiento.

Mi ponencia se refiere a las noticias sobre un camino, en cierto modo entonces ya casi oculto y poco tratado en las historias, pero también presente en la encrucijada: el que, a través del Mediterráneo pone la mira de la curiosidad en el Oriente lejano, más allá de las relaciones con el pueblo árabe de las cercanías, que había permanecido en el interior de la península ibérica hasta 1492 en que perdió su libertad política el reino de Granada. Y me limitaré a reconocer sólo lo que los sevillanos pudieron conocer en los libros que se imprimieron en la misma Sevilla¹.

Los impresores sevillanos, como en todas partes, publican los libros que son negocio en el mercado de la librería, y su difusión comienza en la misma ciudad; así la imprenta es un signo de las apetencias de lecturas de los sevillanos en estos años críticos. Ciertamente que el mercado editorial es mucho más amplio, pero el primer círculo de su expansión es el de la misma ciudad, y en ella se concentra una

¹ Por la brevedad de esta ponencia excluyo los pliegos sueltos y otras obras de poca extensión, que corroborarían en otro plano editorial lo que aquí expongo.

apetencia de lecturas, informativas en este caso, que es común a los europeos². Y, en efecto, el libro de viajes más difundido por Europa, *El Millón*, de Marco Polo, fue traducido por vez primera al castellano en Sevilla por el Maestro Rodrigo Fernández de Santaella (1444-1509)³, y fue precisamente desde Sevilla en donde obtuvo su difusión en lengua española por medio de las imprentas de los Polono y Cromberger, y de Juan Varela⁴.

El autor de la traducción, Maese Rodrigo, fue canónigo de la catedral de Sevilla y arcediano de Reina; escribió una variedad de obras acomodada a su función social en la ciudad. Son libros en la línea del humanismo filológico y sobre cuestiones eclesiásticas. Fundó un Estudio General en Sevilla, origen de la Universidad. Pues un tan docto varón emprende, cerca de sus sesenta años, la sorprendente labor de traducir *El Millón* de Marco Polo (1254-1324), libro que ya se había extendido por Europa impreso en italiano, latín, alemán y portugués. Maese Rodrigo escribe en el prólogo que quiere «hacerlo sevillano de veneciano», situando en las dos ciudades, Sevilla y Venecia, el énfasis del propósito. Y el libro se hace sevillano porque allí se imprime en 1503, reinando aún los Reyes Católicos, y también en 1518 y acaso en 1520. Fuera de Sevilla sólo se publica con certeza en Logroño en 1529 (que es la misma traducción de Maese Rodrigo), y luego hay que pasar al siglo siguiente, en 1601, en Zaragoza, en que aparece otra versión de Martín Abarca de Bolea y Castro⁵.

Maese Rodrigo escribe, además del prólogo, una *Cosmografía leve introductoria*. Lo que me importa notar es cómo en estas ediciones sevillanas existe un testimonio del espíritu de encrucijada de la ciudad. Se inicia la conmoción política y social de Sevilla, y la curiosidad por Marco Polo es un excelente indicio; Maese Rodrigo escribe en el prólogo que lo que deleita a los varones nobles «es leer por auctor auténtico las partidas del mundo». Las novedades de América tienen el contraste literario del libro de Marco Polo, y escribe que lo que se cuenta en él «hubiéramos por consejas increíbles si [no fuera por] lo que en nuestros días de muchas islas del gran mar océano occidental [...] se ha descubierto», y también en

² Puede verse esto en AURORA DOMÍNGUEZ GUZMÁN, *El libro sevillano durante la primera mitad del siglo XV*. Sevilla, Diputación Provincial, 1975.

³ Su biografía en JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RÚA, *Maese Rodrigo, 1444-1509*, Sevilla, Izquierdo y Cía., 1909.

⁴ P. J. NORTON, *A descriptive catalogue of printing in Spain and Portugal (1501-1520)*, Cambridge, University Press, 1978, n.º 743 (1503) y 979 (1518); acaso 1014 (1520). Antes de la castellana, hubo un traducción manuscrita aragonesa, realizada por Juan Fernández de Heredia (Madison: Seminary of Hispanic Medieval, 1980), ed. J. J. Nitti. Véase CARLOS SANZ, *El Libro de Marco Polo. Notas históricas y bibliográficas*, Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1958. El texto de Maese Rodrigo ha sido recientemente publicado: *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón. El libro de Marco Polo de Rodrigo de Santaella*, Madrid, Alianza Universidad, 1987, edición de Juan Gil, con un prólogo, con muchos datos, titulado «Libros, descubridores y sabios en la Sevilla del quinientos» (pp. I-LXIX), sobre la resonancia del descubrimiento entre la erudición sevillana de la época de Carlos V.

⁵ Véase CARLOS SANZ, *El Libro de Marco Polo*, obra citada, págs. 20-21; la edición de Abarca de Bolea en J. SIMÓN, *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, IV, Madrid, CSIC, 1955, n.º 1172. C. Sanz recoge la noticia de una edición de Toledo, 1507, pero sólo citada por Ticknor, además de la dudosa de 1520.

las partes australes y orientales por la acción de los reyes de Portugal. El libro de Marco Polo describe y relata lugares y hechos que habían ampliado el mundo del hombre europeo con noticias verídicas, además de maravillosas. Maese Rodrigo ya intuye que las nuevas tierras no son las Indias asiáticas que buscaba Colón. Pero eso no nos atañe porque nuestro fin no es la historia, sino buscar estos indicios de la conciencia común que aparecen en los libros; y en este caso en la portada de *El Millón* se representa (parece que por vez primera) en un grabado la nueva ciudad de Santo Domingo, en la isla Isabela (Haití), emparejado con otro del puerto de Calicut. Este emparejamiento del Nuevo Mundo y Oriente es una manifestación de cómo el nuevo arte de la imprenta multiplica esta expansión de las noticias de los viajes, y Sevilla actúa como caja de resonancias del dominio hispánico del Emperador. Por eso, lo mismo que había hecho Valentín Fernandes⁶, Maese Rodrigo reúne con *El Millón* una parte del libro de Giovanni Francesco Poggio *Historia de varietate fortunae*, que titula *De la variedad o mudanza de la fortuna*; y esto lo hace porque, según escribe en la introducción «como Nuestro Señor dijo, por boca de dos o tres se confirma más la verdad». Esta parte es el relato de los viajes de Nicolò di Conti.

Tenemos, pues, este primer dato: Sevilla es la ciudad del emperador Carlos que difunde, por medio de sus impresores, el libro de viajes más eficiente como información sobre el Oriente en la Baja Edad Media europea. Y ahora me referiré a otros libros, de viajeros y peregrinos, que prosiguen en la misma dirección de informar sobre las partidas del Oriente⁷.

El primero que cito es una curiosidad bibliográfica: un libro de viajes impreso tres veces en Sevilla en tiempos de Carlos V, que juzgo de gran interés por ser otro testimonio de la curiosidad por Oriente de los sevillanos de esta época: es el *Itinerario del venerable varón Micer Luis, patricio romano...*, o sea el *Itinerario* de Lodovico Varthema (de 1465 a 1470 - antes de 1517)⁸, un curioso viajero boloñés que, partiendo de Venecia en 1500 ó 1502, sigue un largo camino por Alejandría, El Cairo, Beirut, Damasco, La Meca, vuelve a Siria, pasa por Persia y la India, y regresa a Europa a través de Lisboa adonde llega en 1508. La obra está hoy en la sombra de la erudición, y apenas se le hizo caso. El autor de la traducción es Cristóbal de Arcos, un clérigo radicado en Sevilla, canónigo de la Catedral hispalense, admirador de otro escritor, el arcediano y canónigo Diego

⁶ Véase la descripción del libro en su versión portuguesa en MAX BOEHME, *Die Grossen Reise-sammlungen und ihre Bedeutung* [1904], Amsterdam, Meridian Publishing, 1968. Sobre la relación entre el libro portugués y el sevillano, véase Juan Gil, introducción citada al *Libro de Marco Polo*, págs. XXIII-XXV. No entramos en la cuestión de si fue este Valentín Fernandes o de Moravia el traductor; Maese Rodrigo se apoyó en Fernandes para su *Cosmografía*, pero tradujo de un códice veneciano, conservado en la Biblioteca del Seminario de Sevilla.

⁷ Véase una información sobre esta corriente europea de narradores en JEAN RICHARD, *Les récits de voyages et de pèlerinages*, Brepols, Turnhout, Bélgica, 1981. Para el ámbito español de la Edad Media, véase MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PRIEGO, «Estudio literario de los libros de viajes medievales», *Epos*, I (1984), págs. 217-239, y muchas de sus conclusiones son aplicables a los libros de esta época de transición.

⁸ *Travelers in Disguise. Narratives of Eastern Travel by Poggio Bracciolini and Ludovico de Varthema*, traducción inglesa de los textos italianos e introducción de Lincoln Davis Hammond, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1963.

López de Cortegana, que tradujo a Apuleyo, Eneas Silvio y Erasmo. Cristóbal de Arcos, al que Bonilla y San Martín atribuye aficiones erasmistas, también se muestra curioso por los asuntos orientales, y en 1520 publica este *Itinerario* de Varthema⁹. El clérigo hispalense¹⁰ nos ofrece tempranas noticias del autor italiano¹¹, del que destaca su identificación con las gentes de los lugares visitados pues «allende de ser muy sabio y prudente para sentir y evitar los peligros, era también muy buen arábigo y tanto, que en sola la fe difería de ser moro» (Prólogo, a ij, vuelto). El relato es veraz y entretenido, hasta el punto de que un editor moderno portugués escribe: «*Itinerario* e uma obra de arte»¹², y confirma el favor que obtuvo el que se hiciesen de él treinta y nueve ediciones en el curso del siglo XVI. Son notables tanto la personalidad del aventurero, que observa la variedad humana a través de un movido itinerario, como la diversidad de países del Oriente visitados. Y de cara al lector, el clérigo traductor escribe estas palabras, tan acordes con el aire de la época: «El que no le creyere [a Varthema], vaya y véalo, o mándelo medir, como dijo el otro, y descansará» (Exhortación del intérprete al lector, fol. 1v. vuelto). Y el libro vuelve a imprimirse en Sevilla en 1523 y 1576¹³, y esto demuestra el favor que obtuvo en la época¹⁴.

Añadamos también el relato de otro viaje que hizo otro andaluz, esta vez con un motivo religioso de sentido medieval; se trata de Fadrique Enríquez de Ribera¹⁵, que viajó desde Bornos a Jerusalén en los años de 1518 a 1520, e hizo un relato del mismo que, después de ser conservado manuscrito, se imprimiría en Sevilla en 1606¹⁶. Resulta curioso consignar que el Adelantado de Andalucía hizo el viaje con Juan del Encina¹⁷, que contó a su vez el viaje en coplas de arte ma-

⁹ Descripción en F. J. NORTON, catálogo citado, n.º 933, bajo el nombre de Barthema.

¹⁰ Hay noticias de Cristóbal de Arcos en Adolfo Bonilla y San Martín, «Erasmo en España», *Revue hispanique*, 17 (1907), págs. 408-409, con indicación de las obras traducidas, y en una de ellas, una *Reprobación [...] contra la falsa prognosticación del diluvio...* (sin lugar ni año) cita con elogio la *Stultitia laus* de Erasmo (descripción de J. SIMÓN, *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, obra citada, V, n.º 3996).

¹¹ Sobre este autor italiano, véase el libro *Travelers in Disguise...* antes citado, y el prefacio de la primera traducción portuguesa de VICENZO SPINELLI, *Itinerário*, Lisboa, Instituto para a Alta Cultura, s.a.; ediciones españolas, págs. 49-50 y bibliografía.

¹² Obra citada, pág. 30.

¹³ Véase FRANCISCO ESCUDERO, *Tipografía hispalense*, Madrid, Suc. de Rivadeneyra, 1894, nn. 231 y 644.

¹⁴ La obra se menciona en los inventarios junto a la de Marco Polo y parece que en 1540 pudo ocupar el primer lugar en cuanto a ventas, seguida por la de Marco Polo; véase JUAN GIL, Introducción a su edición del *Libro de Marco Polo*, pág. L.

¹⁵ Sobre este noble sevillano, véase JOAQUÍN GONZÁLEZ MORENO, «Fadrique Enríquez de Ribera», *Archivo Hispalense*, 39, n.º 122 (1963), págs. 201-280.

¹⁶ Véase JOSÉ SIMÓN DÍAZ, *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, IX, Madrid, CSIC, 1971, n.º 4650, con mención de un manuscrito; n.º 4651: Sevilla, 1606; n.º 4652: Lisboa, 1608; n.º 4653: Madrid, 1703; y n.º 4654: Madrid, 1786. Es curioso notar aquí que a fines del siglo XVI o comienzos del XVII [¿1603?] un morisco aragonés peregrina a la Meca y cuenta en verso el viaje; véase este curioso texto aljamiado en *Las coplas del Peregrino de Puey Monçon. Viaje a la Meca en el siglo XVI*, Zaragoza, Comas Hermanos, 1897, ed. de Mariano de Pano y Ruata e introducción de Eduardo de Saavedra.

¹⁷ Véase J. RICHARD ANDREWS, *Juan del Encina. Prometheus in Search of Prestige*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1959, cap. X, págs. 142-158. El viaje titulado *Trivagia* o *Viaje a*

yor, y luego otra vez en romance consonántico y aún en villancicos; del noble señor el poeta dice esto, que es propio de los viajeros:

De cosa del mundo no sintiendo inopia,
trocó por trabajo sosiego y despojo...
(vv. 461-462).

El viaje se escribe en prosa y en verso, pues una y otro resultan adecuados para la narración; Encina indica así su criterio de poeta contador de viajes:

Mi cálamo y pluma ni escribe ni canta
sino sólo aquello que mis ojos vieron.
(vv. 1.693-1.694).

Don Fadrique, que viaja con abundancia de medios económicos, se mueve impulsado no sólo por su fe como peregrino, sino que lo hace por lo que su biógrafo González Moreno llama «inquietud orientalista»¹⁸; es también un viaje de estudios y en el curso del mismo compra un ejemplar del libro de Marco Polo. Al fin de su vida dona sus libros al Monasterio de los Cartujos de Nuestra Señora de las Cuevas de Sevilla, un centro de irradiación cultural¹⁹.

Como complemento de este aspecto religioso de Oriente, digo que, en Sevilla, el impresor Cromberger, publicó en 1539, el libro *Verdadera información de la Tierra Santa...* del franciscano Fray Antonio de Aranda, resultado de su viaje de 1530. Este libro obtuvo en el siglo XVI al menos nueve impresiones, una sevillana²⁰.

En el curso del siglo XVI se desarrolla un creciente interés por un aspecto del Oriente que son las cuestiones referentes al Imperio Turco, especialmente entre los italianos. Esto también obtiene su reflejo en la imprenta sevillana en sus varios aspectos. Por una parte se difunde la noticia de los avances turcos por el Mediterráneo; y así ocurrió que en el mismo año de 1526 en que Carlos V radica su Corte itinerante en Sevilla con motivo de sus bodas con Isabel de Portugal, el mismo Cristóbal de Arcos, atento esta vez a los progresos turcos, traduce el relato escrito por Jacome Fontano²¹ sobre la conquista de Rodas por Solimán el Magnífico; según A. Mas²² este libro es la primera de las publicaciones sobre los turcos, impresa en España y en lengua española.

Y en 1546 aparece en Sevilla otra traducción de un libro italiano de viajes, titulado *Comentarios del veneciano*²³, que es una relación de un viaje a Constanti-

Jerusalén, puede leerse en la edición de *Obras Completas* de Juan del Encina, II, Madrid, Espasa-Calpe, 1978, págs. 187-243; y el *Romance y summa de todo el viaje* en idem, págs. 244-257, seguidos de cinco villancicos relativos a Tierra Santa, uno de ellos en la «lingua franca» de los criados que cuidaban los caballos (págs. 258-270).

¹⁸ *Idem*, pág. 220.

¹⁹ *Idem*, pág. 236.

²⁰ Véanse las correspondientes referencias bibliográficas en J. SIMÓN, *Bibliografía de la literatura hispánica*, obra citada, V, n.º 3521-3529; la de Sevilla es la n.º 3524.

²¹ J. SIMÓN, *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, V, n.º 3993; la obra latina de JACOME FONTANO, *De bello Rhodia* se imprime al menos desde 1524.

²² ABERT MAS, *Les turcs dans la littérature espagnole du Siècle d'Or*, París, Centre de Recherches Hispaniques, 1967, I, pág. 22.

²³ *Comentarios del veneciano. Vistos y examinados por los muy reuerendos señores inquisidores y con su licencia mandados imprimir*, Sevilla, Antonio Álvarez, 1546.

nopla, en el que se cuenta también el modo de la vida en la Corte del Gran Turco, y sobre su gobierno e imperio; lo traduce el beneficiado Fernán Álvarez, y lo dedica a don Álvaro de Fuentes, del que el traductor dice que es «aficionado a leer obras peregrinas», como corresponde al espíritu que anima estos libros de viajes que alcanzan la difusión impresa.

La curiosidad que mueve a los lectores de estos relatos sobre el Oriente sobrepasa la literatura de viajes y penetra en otro género de libros muy característicos de la época de Carlos V. Me refiero a las obras que reúnen una miscelánea de noticias curiosas, y aquí he de referirme a la *Silva de varia lección* de Pero Mexía; se trata de una obra de entretenimiento ilustrador, en la que, siguiendo las partes reconocidas en Aulo Gelio y Macrobio, expone los más diversos asuntos sin orden ni concierto, lo mismo que «en las silvas y bosques están las plantas y árboles sin orden ni regla», como dice en el prólogo. Importa notar la profunda adhesión de Mexía hacia Carlos V, del que escribió, aunque no completa, su *Historia*; el Emperador correspondió nombrándole cronista real en 1548. Quiero hacer notar que esta obra me parece profundamente sevillana, tanto por la condición del autor, como porque comienza a imprimirse en Sevilla, 1540, y desde esta ciudad inicia su irrefrenable expansión por España y Europa. Indicio del sentido universal que es propio de Sevilla, abierta a todos los caminos del mundo, esta *Silva* tiene un capítulo dedicado al emperador mongol Tamorlán (Tamerlán o Timur Bec)²⁴, cuyo imperio se establece entre 1370 y 1405 en Asia con centro en Samarcanda. Tamorlán fue conocido en España de una manera directa a través de los embajadores castellanos de Enrique III; esta relación del viaje²⁵ fue la noticia más precisa y concreta que hubo en los reinos hispánicos de un gran espacio del Oriente, hasta Samarcanda, con curiosos datos de las ciudades y gentes que poblaban esta partida del mundo. Mexía sitúa a Tamorlán en su *Silva*, y lo presenta con singular relieve de hombre nuevo, y lo hace no desde las noticias castellanas, sino desde el eco europeo que, sobre todo por la vía italiana, había obtenido el emperador asiático que tan cerca llegó de Europa en un período crítico; y esto ocurrió cuando Tamorlán derrotó al turco Bayaceto y con ello dio un alivio a la presión otomana sobre los reinos cristianos, en especial en cuanto a Constantinopla. Contar la vida de quien en fecha relativamente reciente había derrotado a un gran príncipe turco conviene con lo que llevamos dicho sobre la política del Oriente de la que informan estos libros. Y además nos importa destacar la conciencia moderna que representa el que se escriba la afirmación de que Tamorlán «habiendo pasado cerca de nuestros tiempos»²⁶ (como escribe Mexía en este capítulo) fue «un hombre que con cualquiera de los antiguos se puede igualar y aún hacer ventaja a algunos de ellos»²⁷. La evocación

²⁴ PEDRO MEXÍA, *Silva de varia lección*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, I, 1933, II, 1934, prólogo y edición de Justo García Soriano. El capítulo mencionado está en I, 2.ª parte, cap. XXVIII, págs. 413-421; hay otra edición en curso, publicada en Madrid, Cátedra, 1989, por Antonio Castro (Tomo I, págs. 699-709).

²⁵ Estudio y edición del texto en *Embajada a Tamorlán* (Madrid: CSIC, 1943); el libro se había conocido en el reino de Aragón: véase FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, «Sobre el manuscrito de la *Embajada a Tamorlán* del British Museum», *Archivo de Filología Aragonesa*, 19-20 (1956-1957), págs. 121-126.

²⁶ *Silva de varia lección*, edición citada, pág. 413.

²⁷ *Idem.*, pág. 413.

señala una concepción optimista de la época del Emperador, formulada por un erudito humanista que tuvo ocasión en Sevilla de leer y escribir en abundancia por su formación y por su cargo de cosmógrafo de la Casa de Contratación desde 1537. Ciertamente que señala sus fuentes italianas como en tantos casos, pero esto es propio de una erudición que esta vez no se apoya en autores antiguos, sino en otros nuevos, y cada vez más cerca de la noticia de una realidad que, por extraordinaria que parezca, está en la medida humana, inmediata a la experiencia posible.

Es sintomático, por la gran difusión de la obra de Mexía, el relieve de hombre nuevo que otorga el escritor sevillano a un emperador de Asia, cuyas noticias habían llegado a través de crónicas verídicas, junto con noticias cada vez más firmes del Oriente. Escribe Mexía de Tamorlán: «y diósele tan bien, y usaba y entendíala tanto y era tan dispuesto para ella, que apenas se podía juzgar cuál era más en él: la destreza y esfuerzo, o su habilidad y prudencia»²⁸. Y ahora voy a establecer un contraste arriesgado, que justifico precisamente por este sentido de encrucijada que persigo: en un romance en el que el Emperador repasa los hechos de su vida, de procedencia andaluza, se dice esto, que es como la confesión final en el retiro de Yuste:

¿Qué trabajos no he tenido?
Yo sudé a la ardiente llama
del Sol, y temblé mil veces
sufriendo el hielo y la escarcha.
Hambre y sed pasé mil veces.
¡Cuántas veces fue mi cama
la humilde hierba del suelo,
duro campo de batalla!²⁹.

Hay un paralelo, posible sólo como imagen cultural, entre Tamorlán y este Carlos, que en Yuste recuerda su ajetreada vida; esto resulta ajeno al carácter propio de la Antigüedad clásica, y conviene más con los héroes de resonancia medieval, sobre todo Alejandro. En efecto, Mexía, de acuerdo con sus fuentes, dice de Tamorlán que «llegó a ser tan grande en señoríos y victorias como aquel gran Alejandro o muy poco menos que él»; aparece, pues, la comparación con Alejandro, el gran caudillo que ensancha hacia Oriente su imperio; y en este sentido fue un héroe favorecido por los escritores medievales. Y curiosamente, cuando el autor de otro romance busca un héroe con el que comparar a Carlos V, elige al mismo Alejandro, y escribe:

Más dichoso que Alejandro
por la tierra y por el mar...³⁰.

²⁸ *Idem.*, pág. 414.

²⁹ El romance comienza «Vassallos los más leales», y está impreso en *Pliegos sueltos sobre el Emperador Carlos V (Relaciones en verso)*, Valencia: «...la fuente que mana y corre...», 1958, pág. 114, ed. de Antonio Pérez Gómez, que dice que es moderno; se titula *Relación de la mayor hazaña de Carlos V*, y los pliegos que quedan están impresos en Córdoba.

³⁰ Romance «Sevilla la realeza», en la misma edición de pliegos sueltos, pág. 85. Un estudio de este romance, por MARCEL BATAILLON, «Sevilla, la realeza...», *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez Moñino*, Madrid, Castalia, 1975, págs. 651-686.

La peculiaridad pública de Carlos V fue el ejercicio de una *fortitudo* que se manifiesta en la acción política al aire libre más que en las habilidades del palacio. Son las exigencias de su situación de encrucijada; P. Varén, en la continuación de la *Historia imperial* de Mexía escribe esto: «Más sírvale de disculpa al nuevo príncipe la entrañable propensión a las armas y a la gloria, que de ellas resulta que le robó el tiempo y la atención a las letras»³¹. Y por esto señalo aquí esta coincidencia, que no me parece del todo fortuita, pues si bien el material de estas comparaciones es tópico, la elección de uno u otro modelo puede servir como indicio de predilecciones; y así ante la situación de encrucijada en que vive el Emperador, los ideales medievales aún persisten, y la sombra de un Alejandro, héroe de una antigüedad inclinada a Oriente, acoge a Tamorlán y a Carlos en la consideración del autor de la *Silva*. Las nuevas de América no han apagado en la curiosidad de los sevillanos por estas noticias de la extensión del mundo por las partidas orientales, que si bien son continuadas como empresa marítima por los portugueses, permanecen en estas otras obras españolas.

Y esto fue más allá. El fruto más idóneo de esta corriente orientalista sobrepasa la época de Carlos V, y ocurre gracias al desvelo de un erudito sevillano Gonzalo Argote de Molina (1548-1598)³², que pertenece a la generación siguiente a Mexía, pero es consecuencia de este mismo espíritu de encrucijada que ilustramos: Argote preparó y publicó en casa del impresor de Sevilla Andrea Pescioni en 1582 el itinerario que escribieron los embajadores de Enrique III a Tamorlán³³. La obra es una pieza clave del orientalismo viajero español, cuya difusión y estudio modernos se radican en Sevilla. Curiosa figura la de Argote de Molina; Dámaso Alonso dice de él que «es una de las personalidades más intensas, rica en inesperados contrastes, seguramente uno de los más originales del siglo XVI»³⁴. En su biblioteca tenía libros tocantes a esta afición orientalista: una declaración de los reinos de la India, traducción de una obra portuguesa hecha en 1524³⁵; el viaje a Tierra Santa, de Fray Diego de Mérida (1512)³⁶; el viaje de Pero Tafur³⁷ y la joya del manuscrito del viaje de los embajadores de Enrique III a Tamorlán, que fue objeto de su edición. Este prólogo denota un gran conocimiento de las relaciones de este rey de Castilla con Oriente; Argote publica otra vez el capítulo de Pero Mexía, y le añade la vida de Tamorlán por Paulo Iovio, traducida por Gaspar de

³¹ Esta valoración de Carlos la expuse en «Perfil literario del Emperador Carlos», *Anales de la Universidad Hispalense*, 22 (1962), págs. 63-84; la cita en pág. 28, procedente de la continuación de la *Historia imperial y cesárea...*, Madrid, 1655, pág. 612.

³² Noticias de este erudito en ANTONIO PALMA CHAGACEDA, *El historiador Gonzalo Argote de Molina. Estudio biográfico y crítico*, Madrid, CSIC, 1949.

³³ Publiqué el Discurso sobre el *Itinerario de Ruy González de Clavijo* en mi edición citada, págs. 253-263.

³⁴ DAMASO ALONSO, «Crítica de noticias literarias transmitidas por Argote» [1957], *Obras Completas*, II, Madrid, Gredos, 1972, pág. 438.

³⁵ Véase INORIA PEPE, «La biblioteca di Argote de Molina. Tentativo di Catalogo della sezione Manuscritti», *Studi di Letteratura Spagnola*, 1967, pág. 233, n.º 39.

³⁶ Idem, pág. 242, n.º 66.

³⁷ Idem, pág. 258, n.º 124.

Baeza en sus *Elogios* (Granada, 1568)³⁸. Y destaco el hecho de que Argote impulsa en el siglo XVI la edición de un manuscrito medieval con los honores y cuidados de un texto antiguo, referido a un Oriente que políticamente ya está sobrepasado como experiencia histórica, pero que aún persiste en el afán de conocimientos de un erudito de la ciudad, heredero de las inquietudes de los humanistas sevillanos de tiempos del Emperador.

Y un brevísimo colofón poético para terminar: teniendo en cuenta esta perspectiva histórica, queda claro que así se justifica en cierto modo que un poeta de la categoría de Fernando de Herrera inicie su obra literaria con un libro sobre Chipre y Lepanto: su libro *Relación de la guerra de Cipre y suceso de la batalla naval de Lepanto* (Sevilla: Alonso Picardo, 1572) y el poema en alabanza por la victoria de don Juan³⁹. Esta obra recoge la misma veta orientalista iniciada con Carlos V y que prosigue con Felipe II, transformada en causa política de la cristiandad.

Con lo que llevo dicho, creo haber probado que esta otra vía de Oriente, ya sin utilidad práctica para el comercio a través del Mediterráneo (y aprovechada por los portugueses por el Atlántico), permanece aún entre los sevillanos como una manifestación más de este signo de encrucijada de la Sevilla de tiempos de Carlos V; es un afán de curiosidad y erudición que, procedente de fines de la Edad Media, obtiene su manifestación literaria en los relatos que cuentan la afición aventurera de los esforzados viajeros, primero de orden personal y, por tanto humano, y que sólo se incorporaría a las empresas de la monarquía española como consecuencia de estas corrientes que confluyen en la época de Carlos V.

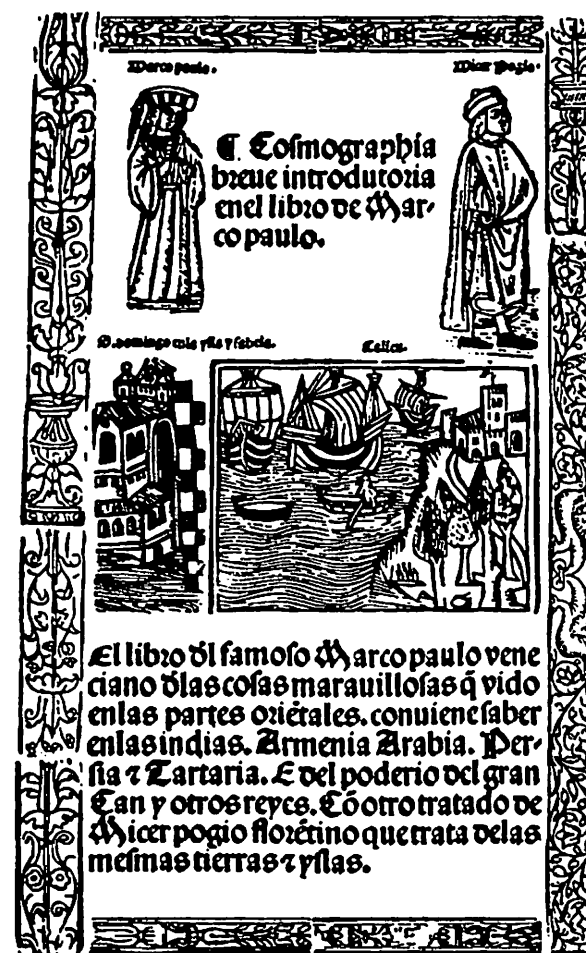
Unas veces, como en el noble señor andaluz Enríquez de Ribera, el viaje fue una peregrinación hasta Jerusalén, pero esto le permitió conocer a fondo la organización política de Venecia y la diversidad del cristianismo oriental, frente a la unidad de Roma. Otras veces fue poner en la lengua española las obras de Marco Polo, Varthema y Poggio, que seguían manteniendo viva la curiosidad por Oriente en Europa, como dice Maese Rodrigo, que quiere «que no carezca nuestra lengua de los siguientes provechos», y que introducen en la galería de héroes a un emperador mongol. Otra vez fue el aviso del poder del turco al recordar la caída de Rodas, que es un aviso para Lepanto. La gran variedad política del Emperador Carlos hizo que Sevilla fuese la ciudad cuya imprenta acogiese muchas de estas publicaciones, y que algunas incluso se repitiesen. Esto ayudó a mantener la curiosidad por el Oriente, la otra parte del mundo cuyo conocimiento había sido el empeño del europeo moderno, desde el siglo XIII en adelante⁴⁰, y que condujo a abrir la inesperada vía americana. Considerando la persistencia de esta tradición oriental, pienso en que hay que reconocer que la aparición de América

³⁸ J. SIMÓN, *Bibliografía de la literatura hispánica*, obra citada, VI, núms. 2187 y 2188. Reproduzco estos preliminares (además del *Discurso de Argote*) en mi edición de la *Embajada a Tamorlán*, págs. 247-282.

³⁹ Véase MARY GAYLORD RANDEL, *The Historical Prose of Fernando de Ferrera*, Londres, Tamesis Books, 1970, págs. 7-111.

⁴⁰ Véase un resumen de la compleja historia de estos esfuerzos por conocer «modernamente» el Oriente, en JEAN-PAUL ROUX, *Les explorateurs au Moyen Âge*, París, Fayard, 1985.

ante las naves de Colón fue una consecuencia más de este gradual «descubrimiento» de otras gentes y culturas que, desde el siglo XIII, realiza hacia Oriente el hombre europeo en su afán personal por conocer y dar noticia de las partidas del mundo. Y así hemos visto que en Sevilla, la ciudad más conmovida por la realidad humana del encuentro con América, persiste este afán por publicar (es decir, dar a conocer a todos en libros impresos) las noticias del Oriente.



Reproducción de la portada de la edición de Sevilla, 1518, por Juan Varela de Salamanca, de la traducción española del Libro de Marco Polo, realizada sobre un códice veneciano por el Maestro Rodrigo Fernández de Santaella (1444-1509), descrita por F. J. Norton, *A Descriptive Catalogue...* (Cambridge: University Press, 1978, n.º 979). La edición de Polono y Cromberger de 1503, según la descripción de Norton (idem, n.º 743A y 743B), tiene los grabados y dibujos semejantes a la reproducción de 1518.

Comienzo del prólogo de Maese Rodrigo dedicado a don Alfonso de Silva, conde de Cifuentes: «Entre las cosas que más deleitan los varones nobles desseosos de leer e saber, [...], una no pequeña es leer por autor auténtico las partidas del mundo, mayormente aquellas que no alcançamos a ver y que de pocos fueron vistas e tractadas, que nos puedan contar las grandezas de los señoríos e provincias, cibdades, riquezas e diversidades de naciones e gentes con sus leyes e sectas e costumbres e maneras que en ellas vieron. Las cuales, según las que en nuestra Europa vemos, oviéramos por consejas increíbles, si lo que en nuestros días de muchas islas del gran Mar Océano occidental por nuestros muy ínclitos Reyes se ha descubierto, y en las partes australes e orientales ante e después d'esto descubrieron e cada día descubren los muy nobles reyes de Portugal, no oviésemos visto...» (Texto tomado de la edición *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón. El libro de Marco Polo de Rodrigo de Santaella* (Madrid: Alianza Universidad, 1987), ed. de Juan Gil).